

Introducción al "Persiles"

Por Emilio Carilla

El **Persiles** apareció después de morir Cervantes. Su autor no pudo, por lo tanto, palpar si el éxito de la novela correspondía a sus aspiraciones; y bien sabemos que Cervantes alentaba, hasta poco antes de la muerte, grandes esperanzas en este postrer fruto de su ingenio.

¿Postrero? Ultimamente, el hispanista Max Singleton ha sostenido la hipótesis de que el **Persiles** no sólo no es la última obra del autor del **Quijote**, sino que ni siquiera es obra de su vejez. Sostiene, por el contrario, que es fruto más juvenil, contemporáneo o poco menos de **La Galatea**. De todos modos, considera que **La Galatea** y el **Persiles** son obras de la primera época de Cervantes. El planteo es atrayente, aunque no lo creo suficientemente sólido como para destruir noticias tradicionales y confesiones del autor, así como rasgos de la propia novela. Y las pruebas que aduce el crítico hasta ahora son, sin duda, más de carácter externo que interno (1). En fin, particularidades barrocas del relato, la abundancia de elementos religiosos (de una religiosidad digna de explicarse, como se verá) y otros aspectos, inclinan, a mi modo de ver, la balanza hacia la opinión corriente que ve en el **Persiles** una obra de los últimos años de Cervantes.

Resumo, así. Fue elaborado el **Persiles** en época de intenso y fecundo trabajo cervantino, época que fructifica en la lista bibliográfica con títulos de la categoría de las **Novelas Ejemplares**, el **Viaje del Parnaso**, el **Quijote** de 1615, las **Ocho comedias y ocho entremeses**. Sin pretender que todas estas obras se escribieron íntegramente en los años postreros, no cabe duda de que sí lo fueron en gran parte.

1) — Max Singleton, *El misterio del "Persiles"*, en *Realidad*, de Buenos Aires, 1947, II, págs. 237-253.

Después de haber escrito mi trabajo, leo en Amado Alonso una severa condenación del estudio de Singleton. (Ver *Cervantes across the centuries y homenaje a Cervantes*, en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, de México, 1948, II, N^o 1, pág. 103.

La dedicatoria del **Persiles** es famosa por las circunstancias dramáticas en que Cervantes la redactó: pocos días antes de la muerte. Pero hay otras introducciones que el autor puso a sus obras, más valiosas por lo que tienen de programa, de aspiraciones y —para qué callarlo— de no disimulado orgullo. El prólogo a la segunda parte del **Quijote** es el mejor ejemplo de lo que acabamos de decir; y allí, entre otras cosas, encontramos su complacido y levantado mentar a la obra de arte prometida: "... con esto me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia los **Trabajos de Persiles y Sigismunda**, libro a quien dará fin dentro de cuatro meses, **Deo volente**; el cual ha de ser el más malo, o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible" (¡De donde —y al margen de lo que nos interesa— Cervantes puede tener la culpa, como punto de arranque, de esos libros que se imprimen "a pedido de los amigos"!).

No es necesario transcribir palabras del prólogo a las **Novelas Ejemplares** ni de otras obras suyas. Baste agregar que la novela fue bien acogida por los contemporáneos del escritor y que, al mismo tiempo, no dejaron de distinguir entre las peculiaridades propias del **Quijote** y del **Persiles**. El **Quijote**, rápidamente difundido, gozado con ahinco, era el punto de confrontación obligado: de ahí que no dejó de extrañar la diferencia de asunto, de la intención, del desarrollo. José de Valdivieso, admirador entusiasta de Cervantes, reparaba, en la aprobación a la obra, en las bellezas del **Persiles**, y la prefería a los otros libros de Cervantes (2). Quizás haya que pensar que en la preferencia tenga que ver el hábito de Valdivieso en relación al peso de los motivos católicos de los **Trabajos**, pero no me interesa tanto señalar categorías como traer testimonios de renombre, coetáneos al novelista. Y Valdivieso es poeta de alguna significación.

"**Trabajos**". — Cervantes tituló a su obra **Los trabajos de Persiles y Sigismunda**. Hoy ya no aparece el nombre **Persiles** como palabra esdrújula (falso esdrújulo, al cual mencionaban Rufino J. Cuervo y, posteriormente, Schevill y Bonilla), pero sí es frecuente encontrar el vocablo "trabajos", utilizado por Cervantes como sinónimo de "peregrinaciones". Cervantes utiliza repetidas veces en el texto la palabra "trabajos" (siete, si no he contado mal), pero siempre en la acepción de "penurias", "sufrimientos":

"Si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos..." (Libro I, cap. II).

"... que, pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar a alguno" (Libro I, cap. IX).

"Si mis trabajos y mis desasosiegos ¡oh hermano mío!..." (Libro II, cap. II).

2) — José de Valdivieso, Aprobación a los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*. Valdivieso aprobó también el *Quijote* de 1615 y el *Viaje del Parnaso*.

"El hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta y el hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mejillas, y, finalmente, el agua te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no sé con qué fuerza los llevas..." (Libro II, cap. VII).

(Cf., también, Libro II, cap. XVIII; Libro III, cap. IV; Libro IV, cap. I).

Esta acepción tenía entonces bastante común uso, tal como se comprueba con otras obras contemporáneas (3), y es, en resumen, el sentido que tiene en la novela de Cervantes. Sentido bien acorde al carácter de la obra. Se trata de una peregrinación, es cierto, pero lo que da movimiento novelesco al relato son los incidentes, los peligros y sufrimientos que retardan la duración del viaje de los peregrinos y que matizan la narración hasta alcanzar finalmente la deseada meta.

Asunto. — Es frecuente leer, sobre todo en manuales literarios, el argumento de la obra. Procurando dar cierto orden lógico a los sucesos, ese argumento es, más o menos, el siguiente:

Sigismunda, princesa de Frislanda, es amada por los hermanos Maximino y Persiles, príncipes de Tile o Tule. La madre de éstos, la reina Eustoquia, favorece las relaciones del menor, Persiles, y para evitar la cólera de Maximino emprenden Persiles y Sigismunda el viaje a la ciudad de Roma, "a enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes septentrionales andaba algo de quiebra...". Se embarcan como hermanos y con los nombres de Periandro y Auristela, y comienza una serie ininterrumpida de aventuras. La nave es atacada por corsarios; apresada Sigismunda es conducida a Dinamarca, y el príncipe Arnaldo se enamora de ella. Otros piratas la roban de Dinamarca y llega, después de sufrir nuevas peripecias, a la "isla bárbara", donde la encuentra Persiles. Huyen, junto con otros personajes, y nuevas aventuras los separan y vuelven a reunirlos en los fríos mares e islas del norte. Sobre todo, hay que destacar las que ocurren en la corte del rey Policarpo. Llegan Periandro y Auristela a Lisboa y allí comienza el trayecto terrestre, continental, de la obra.

Tampoco siguen aquí solos, ya que varios de los que han encontrado en la "isla bárbara" los acompañan en la peregrinación: Ricla, Constanza, Antonio el padre y Antonio el hijo. Otros se unen después (Feliz Flora, Ruperta y Croriano, Luisa y Bartolomé). Las a-

3) — Cf. Enriqueta Terzano, *Los "Trabajos" del Persiles*, en la *Revista de Filología Hispánica*, de Buenos Aires, 1945, VII, págs. 51-57.

Una referencia curiosa. Nuestro Sarmiento, que reparaba, no sin cierto orgullo diferenciador, en los arcaísmos vivos de su lengua mediterránea (en la Argentina), utilizó *trabajos* en esa acepción:

"... un cantor que tenía azorado i divertido a su auditorio con la larga i animada historia de sus trabajos i aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió..." (Sarmiento, *Facundo*, ed. de La Plata, 1938, pág. 62).

venturas toman un ritmo conocido dentro de un ambiente mucho más transitado, aunque no menos variado.

De Portugal pasan a España, de España a Francia, de Francia a Italia. El camino, la posada, la ciudad eran también lugares propicios a la aventura: cómicos, estudiantes apicarados, moros o judíos, caballeros, mozos y mozas de todo calibre, se alternan y dan realidad a multitud de incidentes, de los cuales salen bien parados los peregrinos. Finalmente, la llegada a Roma. La muerte de Maximino — que se había dirigido a Italia en busca de los peregrinos— favorece los designios de Periandro y Auristela. Ya esposos, Sigismunda alcanza a cumplir el voto, besando los pies del Pontífice.

Ahora bien ¿es éste, en realidad, el argumento del **Persiles**? ¿O es, más bien, resumen de aventuras para tentar el superficial coiteo con obras similares, lo que une en grupos o casilleros?

Sin olvidar las proporciones que guardan las obras y los argumentos respectivos, esa relación se debilita al considerar una novela como el **Persiles** o un poema como el **Bernardo** de Valbuena. Ni siquiera hay rastros en el asunto que hemos alineado de la narración marcadamente barroca que la distingue: su comenzar en un episodio adelantado de los “trabajos”, para ir descubriéndonos después —y a saltos— nuevas peripecias de Persiles y Sigismunda (vale decir, los supuestos Periandro y Auristela), cortes bruscos, artificios narrativos, mientras la obra avanza entre un laberinto de incidentes, naufragios, raptos, piratas, bárbaros, etc. En los libros III y IV, paralelamente al itinerario por regiones europeas mejor conocidas, el relato toma un ritmo que, pensando en los dos primeros, podríamos llamar menos inusitado, aunque no cesan —de más está decir— las aventuras. Pero aún en estos últimos libros, en esta etapa meridional, se van eslabonando episodios retroactivos, sobre todo hacia el final. Así, el capítulo XII del cuarto libro, “donde se dice quién eran Periandro y Auristela”. Suspenso narrativo mantenido hasta el antepenúltimo capítulo de la obra, para aclararnos finalmente allí —con técnica que semeja a la de las modernas novelas policiales— el verdadero origen de los jóvenes peregrinos y el principio del viaje a Roma.

Las dificultades de este tipo de narración han sido superadas por el arte y la habilidad de Cervantes. Véase, como ejemplo, el paso del relato de Antonio a Riela (Libro I, cap. VI) y de Mauricio a Transila (Libro I, caps. XII y XIII), el relato intencionalmente alargado de Persiles (Libro II), con mucho del encadenamiento característico en las colecciones de apólogos orientales.

Mundo. — Cervantes trazó en el **Persiles** su visión más amplia del mundo. Por lo menos, desde el punto de vista externo. En ninguna otra obra suya desfilan tanta variedad de personajes y tierras, junto a tan apretujada sucesión de aventuras. Paralelamente, se comprende la importancia que en el **Persiles** tiene la galería humana, esa numerosísima galería humana que gira alrededor de los dos príncipes.

La diversidad de escenarios concede indudable trascendencia al ambiente geográfico de la obra. El norte y el sur (Europa en lo que tenía entonces de conocido con mayor o menor precisión) dan fondo

y tienen a veces singular valor en el desarrollo de la novela. Fuera de alusiones concretas, el paisaje cervantino persigue, no la fidelidad, sino su simple acopio ornamental o su recreación plástica.

En cambio, para Cervantes como para la mayoría de los poetas de su tiempo, el ejemplo animal se reduce a escasas menciones, aun en los animales domésticos o en aquéllos que pinta a través de metáforas y frases retóricas, en pasajes descriptivos. Conviene reparar en esta ausencia, debido a los lugares en que se desarrollan los dos primeros libros del **Persiles**, ámbito apropiado a especies zoológicas fantásticas o no, difundidas en ilustraciones y libros por el sur de Europa, y de rara presencia hasta entonces en obras novelescas.

Cervantes menciona un monstruo marino, "el náufrago" (Libro II, cap. XV), que algunos críticos identifican como el "physetes" de Olaf Magno (4). También alude a los "hombres lobos" (Libro I, caps. VIII y XVIII), cuervos (Libro I, cap. XVIII), simios (Libro II, cap. XV), víboras (Libro I, cap. XVIII y Libro III, cap. VII), grullas (Libro III, cap. VIII), alusiones en que las noticias de Plinio o de libros geográficos más o menos verídicos se mezclan con otras de origen legendario o fabuloso.

Sí, no cabe duda de que es el hombre el que llena los capítulos de la novela. El hombre con sus pasiones, sus ambiciones, sus deseos, sus luchas, enmarcando siempre a Periandro y Auristela. El amor, verdadero eje, predomina sobre las otras pasiones y aun sirve, con el aguijón de los celos, para "humanizar" las perfecciones de los dos jóvenes príncipes.

Lo histórico, concretado en unos pocos acontecimientos y nombres propios, tiene en el **Persiles** el valor de fijar episodios en relatos de algunos personajes. Son específicamente datos de la historia de España y se refieren, sobre todo, a Carlos V; menos, a Felipe III. Estas noticias se han utilizado a veces con el afán —no muy fundado— de averiguar fechas en la elaboración de la novela.

Insisto otra vez —aunque no sé si vale la pena detenerse en ellas— que no me parecen valederas las razones de Max Singleton. Las dos posibles alusiones a Felipe III (o Felipe II), así como las varias que se refieren a Carlos V, más bien muestran en Cervantes deseo de eludir referencias contemporáneas a los años en que trabajaba el **Persiles**. El nombre de Carlos V era, a comienzos del siglo XVII, nombre que simbolizaba mucho de la grandeza española, grandeza que entonces se sentía debilitar. Carlos V era el signo de un poderío y de una hegemonía universal que el español del nuevo siglo notaba vacilante. Ese mentar a Carlos V es en Cervantes —me parece— recurso novelesco que mira hacia un tiempo no muy alejado y, al mismo tiempo, rinde orgulloso homenaje a una época de supremacía política española.

4) — Cf. Bonilla y Schevill, notas al *Persiles*, I, pág. 346.

En el libro I, cap. XVIII, —el más copioso en nombres zoológicos—, Mauricio niega que en Inglaterra se crien lobos, serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones.

Además, hay otras líneas que si no tienen resonancias desde el punto de vista de la cronología histórica, sí lo tienen en la cronología literaria. Habla Cervantes en el texto de la reciente aparición de las obras de Garcilaso y menciona a Torcuato Tasso y su *Jerusalén Libertada* (5). (También, a López de Zárate —ya que en “Zárate” y Francisco López Duarte debemos ver un solo poeta—, aunque no pueda compararse con los anteriores).

Es sintomática la cita de Garcilaso y Tasso, puesto que se trata de dos de los poetas más admirados por Cervantes, en especial, Garcilaso. Las dos referencias bibliográficas contribuyen, en un nuevo plano, a situar el desarrollo de la novela en el siglo XVI (6).

Los “cuatro libros” del *Persiles* muestran una simetría llamativa: los dos primeros desarrollan las aventuras nórdicas y dan un aspecto inusitado a la novela con su escenario fantástico, apenas conocido. Partiendo, explicablemente, de su condición de hombre sureuropeo, las lecturas cervantinas dan base verosímil a tipos y paisajes. Se conocen fuentes de la obra: Olaf Magno, Niccoló Zeno (sin duda, el “Nicolás Temo” que Cervantes menciona (Libro IV, cap. XIII); libros misceláneos como los de Torquemada (7) y Pero Mexía, probablemen-

5) — Tasso tuvo gran difusión en España —particularmente, a través de su famosa *Jerusalén Libertada*— y pocos lo admiraron más que Cervantes. El poema encontró rápidamente traductores y fue leído e imitado con avidez (Amador de los Ríos y Farinelli ya estudiaron —entre otros— esa difusión).

Sólo quiero agregar, como testimonio evocativo de un escritor de nuestros días, un párrafo de Enrique Larreta en *La gloria de don Ramiro*. En su autorretrato, Alonso Blázquez Serrano dice:

“Al hallarse solo entre sus libros antes cogía las *Metamorfosis*, o la *Jerusalén Libertada*, que las ásperas epístolas de San Pablo”.

6) — Podrá objetarse que las alusiones (o la alusión) a Felipe III no guardan relación con ese empeño. No recurriré a decir que ese Felipe no es III, sino II. Pudiera ser, aunque no es preciso pedir a la novela —a esta novela del siglo XVII— la veracidad de la historia. Así, también se afirma que en Rosamunda evocó Cervantes a una dama de la Corte de Enrique II de Inglaterra. El personaje histórico vivió en el siglo XII y no en el XVI.

Atinadas me parecen las palabras de Casaldueiro:

“... la medida cronológica no se aceptaba en las obras de imaginación, es decir que la no coincidencia de fechas, que tanto desorienta a un lector moderno, no desorientaba a un lector del siglo XVII...” (*Sentido y forma de “Los trabajos de Persiles y Sigismunda”*, pág. 207).

No olvidemos tampoco que la “novela histórica”, con su documentación y minuciosas reconstrucciones arqueológicas, es un producto del siglo XIX.

7) — Cf. Torquemada, *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570). Los coloquios o tratados quinto y sexto (últimos del libro) se refieren a las tierras y cielos septentrionales. Cita a menudo a Olaf Magno y es hombre bastante crédulo. Mucho más, por cierto, que Cervantes. (Ver *Jardín*, ed. de Madrid, 1943; cf., Alfonso Reyes, *De un autor censurado en el Quijote*. Antonio de Torquemada, México, 1948).

te el Inca Garcilaso; noticias anónimas traídas por viajeros y aun reminiscencias de novelas de aventuras contemporáneas. La importancia de Olaf Magno merece remarcarse. Olaf Magno, arzobispo de Upsala, sirvió mucho, sin duda, a las noticias de Cervantes. Fue primado de la Iglesia sueca y visitó Noruega en 1518 y 1519. Su **Fabula terrarum septentrionalium** se convirtió en almacén común para los escritores del sur: Tasso, Torquemada, Cervantes son buenos ejemplos de aprovechamiento. Evidentemente, ayudó también a la difusión de su obra entre los pueblos católicos de Europa el prestigio del severo arzobispo (8).

Cervantes fundió de manera armónica tan dispares elementos y supo inyectar atmósfera adecuada a "su" norte novelesco. Insisto, eso sí, en que los nombres no siempre ocultan la raigambre meridional del autor del **Persiles**, sin contar a aquellos personajes que presenta en el norte, pero que pertenecen, por su origen y educación, al mundo mediterráneo.

Los otros dos libros del **Persiles** son por lo común mejor recordados. Por lo menos, son los que han salido mejor parados de la crítica adversa a la obra. La explicación es obvia: se asemeja al ambiente más real de las demás obras cervantinas (y no hay, en la narración, los saltos que caracterizan a los dos primeros libros). Afortunadamente, hoy, al ahondarse en la obra, ha desaparecido poco menos esta falsa distinción.

Los conocimientos geográficos de Cervantes respecto al norte que presenta en el **Persiles** han sido minuciosamente confrontados por Schevill y Bonilla. La conclusión a que arriban es negativa: "Los dos primeros libros aparecen envueltos en la bruma del misterio..."; "... Cervantes buscó su inspiración en narraciones románticas y de fantasía, no en historias ni en mapas auténticos" (9). Yo creo que no hay que perder de vista que Cervantes se propuso escribir una novela y no una relación de viajes más o menos auténticos. De sus lecturas extrajo elementos que fueron configurando un norte que, en su vaguedad, no choca con principios esenciales del espíritu cervantino, sobre todo la verosimilitud. Bueno será recordar otra vez aquellos versos del **Viaje del Parnaso**:

Nunca a disparidad abre las puertas
mi corto ingenio...

Por eso, creo que más importante que señalar los limitados conocimientos geográficos que Cervantes tenía acerca de las regiones septentrionales (regiones, por otra parte, poco conocidas en el sur de Europa), más importante será, repito, destacar la capital preponderancia del mar en el relato. En el nebuloso mundo nórdico, pródigo en naufragios, islas y seres extraordinarios, se siente fuertemente la presen-

8) — Ver Francisco Elías de Tejada. *Doce nudos culturales hispanosuecos*, Salamanca, 1950, págs. 55-59.

9) — Bonilla y Schevill, introducción al *Persiles*, I, pág. XII.

cia del mar (“por todas partes el mar cerca y lejos”— Libro I, cap. XIX): el mar es el que une y separa, el que da vida y da muerte, y el que determina muchos de los caracteres de ese mundo novelesco.

Cervantes no es marino ni abusa en el **Persiles** del vocabulario náutico. Por el contrario, es, en ese sentido, más bien pobre. Cervantes es poeta y ve al mar en su inmensidad, su ímpetu, su misterio, su belleza... Por eso el mar cervantino es un mar vagamente geográfico, pero sí nítidamente plástico. Con él —y a favor de su prosa— merece incorporarse a una lista, brillante en su brevedad, que podríamos buscar en versos de Rafael Alberti:

Cantan en mí, maestro mar, metiéndose
por los largos canales de mis huesos,
olas tuyas que son olas maestras
vueltas a tí otra vez en un unido,
mezclado y solo mar de mi garganta:
Gil Vicente, Machado, Garcilaso,
Baudelaire, Juan Ramón, Rubén Darío,
Pedro Espinosa, Góngora... y las fuentes
que dan voz a las plazas de mi pueblo.

(Arión, 2)

A partir del arribo a Lisboa, vale decir, en la etapa meridional, desaparece la presencia dominante del mar. No desaparecen las aventuras, pero —no cabe duda— ese mundo continental, cercano, conocido, da un tono distinto a las peripecias. Sin disminuir los peligros (y el relato abunda en situaciones extremas) sentimos, sin embargo, más seguros a los peregrinos. Poder indudable de los nombres: la tierra firme parece propicia, en el **Persiles**, a la variedad de episodios que se desarrollan en las regiones septentrionales; también, menos propicia a los desbordes de la imaginación. No hay piratas ni bárbaros, aunque a los peregrinos les suceden “nuevos y extraños casos”. El mar es reemplazado por el camino (junto a él, castillos, mesones, chozas...) y las ciudades. El camino es escenario por excelencia para las aventuras en las novelas de aquellos siglos: en el camino ocurren multitud de incidentes (encuentros, desapariciones, ataques). Hay quizás en esta parte del **Persiles** mayor número de personajes, pero no de episodios.

El fin artístico que perseguía Cervantes necesitaba de esa variedad, o, mejor dicho, de esa oposición entre el norte y el sur; con todo, también se la facilita la meta del trabajoso viaje. Recordemos que hay dos nítidos “mundos” terrenos para el espíritu católico de la época.

Si en el viaje continental se apresura el itinerario después de pasar por Portugal y España, creemos que eso puede explicarse fácilmente, y no tanto por exigencias novelescas, atendiendo al origen de Cervantes. El autor, como español orgulloso de su stirpe y de su patria, traza en frases breves, al pasar, rasgos de carácter español (“arrogancia”, “bizarría”, “gentileza”...) y se detiene en las ciudades que atraviesan los peregrinos, también en breves pero certeras particularidades (Toledo, Valencia, Barcelona). Poco más o menos, en lo que se

refiere a Postugal (10). Orgullo y, no cabe duda, un mejor conocimiento, sin olvidar que Cervantes escribe en España. Y, de nuevo aquí, valga la elemental explicación de que el **Persiles** es una novela y no un tratado (11).

No se ha reparado —que yo sepa— en las semejanzas externas que existen entre el **Persiles** de Cervantes y la obra **Torrismundo**, poco conocida tragedia de Torcuato Tasso (12). La tragedia de Tasso, poeta que tanto admiraba Cervantes, presenta un ámbito y personajes desusados en la literatura dramática del siglo XVI entre los pueblos mediterráneos. Ambito y personajes que la aproximan a la novela cervantina: norte fabuloso, con islas, naufragios y raptos de piratas, todo dentro de lo que puede ofrecer el desarrollo de una tragedia y el marco de un escenario teatral. Sí, no cabe duda de que las similitudes son ocasionales, aunque no dejan de llamar la atención. Por otra parte, no pretendo apuntar en el **Torrismundo** una posible fuente, sino leves semejanzas. Y ya que hablamos de motivos septentrionales, justo será referirnos al Conde Bernardino de Rebolledo (13), escritor y diplomático español que vivió en el siglo XVII. Adepto gongorista, dejó entre sus obras unas **Selvas dánicas**, poema dedicado particularmente a la historia y a la geografía de la región escandinava. Conocedor de los lugares que describe, su poema difiere, por este y otros aspectos, del **Persiles** cervantino. Las dos obras se acercan en cuanto se vinculan a un ambiente geográfico poco frecuente de ver (sobre todo en aquella época) en los escritores de España.

10) — Para José Toribio Medina (*Cervantes en Portugal*, 1926) es muy probable que el itinerario de los peregrinos al atravesar Portugal recuerde un viaje real del propio Cervantes.

11) — En relación a la base histórica de los hechos que canta, un poema épico como *Las Lusíadas* sí debe mostrarse más fiel a la geografía. En última instancia, el verdadero poema se eleva considerablemente sobre tales cauces-límites (Cf. Osvaldo Orico, *Camoens y Cervantes*, Santiago de Chile, 1945, págs. 74-78).

12) — Ahora, sí, leo las páginas de Cesare De Lollis, en que éste señala semejanzas entre el *Persiles* y la tragedia de Tasso... De Lollis considera que las proximidades se deben a una fuente común: Olaf Magno (ver *Cervantes reaccionario*, Florencia, 1947, págs. 166-168).

13) — Gerardo Diego reparó en este olvidado poeta en la *Antología poética en honor de Góngora* (Madrid, 1927). cf., también, Guillermo Díaz Plaja, *La poesía lírica española*, Barcelona, 1937, págs. 208-209.